

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# LOS VOLUNTARIOS DEL BAJIO ó LAS JORNADAS HEROICAS



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO  
Última série.—Época actual

---

LOS  
**Voluntarios del Bajío**

ó

Las Jornadas Heróicas

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1  
1901

**Propiedad exclusiva de los  
señores Maucci Hermanos.**



## **Los Voluntarios del Bajío**

---

---

Para que se comprenda bien hasta qué punto hubo heroísmo entre los mexicanos en la desastrosa campaña de 1847, en esa campaña de la cual quedan en el alma de los buenos mexicanos, solemnes memorias, voy á referir ahora á mis dignos amigos que me leen, un episodio hermosísimo y lleno de esa fu guran-  
te luz que se llama del amor patrio...

Voy á describiros, lectorcitos niños, mis buenos mexicanos, lo que en una ocasión refirió un antiguo veterano, que era un viejecillo reumático, agobiado por la edad y los ma-

les... Había pertenecido á los ejércitos mexicanos que soportaron tantas privaciones en las batallas del Norte!

Oid, oid... amigos míos, como se expresaba aquel anciano cubierto de cicatrices, tembloroso y conmovido por las mismas sublimes frases de su relato...

Oid, pues, amiguitos lectores:

\*  
\* \*

—Primero voy á tener que hablar á los que me escuchan, á los jóvenes que todavía aman á su patria y se creen capaces de ir á combatir y dar su vida por esa deidad Suprema; primero tengo que decirles que me perdonen... que me perdonen, pues voy á empezar hablando de ese hombre siniestro y fatal, de esa silueta lúgubre y endemoniada, para siempre maldita en los anales de la Historia: ¡del hombre abominable y horrendo que se llama Santa Ana!...

¿Por qué castigo de la Providencia el cielo hizo desplomar sobre la nación mexicana un sér tan nefasto y tétrico como el de ese monstruoso canalla que vendió su honra y se entregó como una oveja... en las tinieblas de las más afrentosas humillaciones... oh si por qué

castigo de Dios tuvimos los mexicanos que tener en nuestra historia la silueta de ese tirano y traidor, de ese Santa Ana?

¡Sólo á la Providencia infinita debe tocar resolver en lo inmenso este enigma!...

Había que conformarse con los hechos y las duras pruebas á que estuvo sometida nuestra querida patria... ¡Bendigamos al Señor y sepamos ser fuertes, amantes y sabios para ser capaces de llevar la insigne bandera augusta de la patria! ..

Adelante con mi relación:

\*  
\* \*

Los ejércitos norteamericanos avanzaban del Norte hacia el Interior, pero recibiendo terribles obstáculos y lluvias de muerte... Los enemigos iban marcando detrás de ellos una huella continua de cadáveres... cadáveres... y más cadáveres!...

El presidente Santa Ana en México se levantó con fingido patriotismo... y ya va de aquí para allá... los que le odiaban se le sublevan..., otros aclaman á nuevos generales... en fin, aquello parecía el mismo infierno por tanto desorden... ¡Y pensar que el único hombre que hubiera entonces podido hacer la paz,



no quiso levantarse en toda la dignidad de su mando y todo el heroísmo de su corazón de mexicano!

¡Qué pocos, qué pocos son los heroicos gobernantes que en el instante marcado por el destino ó por la providencia saben lanzarse rumbo a la gloria!...

Santa Ana lanzó proclamas infames llamando á todos los mexicanos al combate. ¡Y eran infames porque sin saber, ni estar á la altura

de un gran jefe, quería ser el caudillo de los regimientos que fueran á contener las invasiones tremendas de las legiones norteamericanas!...

¿Y qué pasó?... En el Estado de San Luis Potosí, en el de Guanajuato y aún en Queretaro y otros de la frontera norte se recibieron con alegría las proclamas del presidente momentáneo Santa Ana.

¡Con cuánto entusiasmo se exaltaba al pobre pueblo, sin ilustrarlo, sin indicarle las causas de aquella guerra, sin que pudiese saber ni la más leve significación... nada!

Y así fueron llegando voluntarios del Norte y del interior, de las colonias del Norte y del Sur...

En montones iban llegando los voluntarios que irían á combatir muy pronto contra los ejércitos del Norte.

Se improvisaron por todas partes, legiones de patriotas... todos podíamos servir en aquellos cuerpos... por todas partes íbamos cantando aquellas antiguas canciones que tanto usaban nuestros compañeros.

«Porque habéis de saber,—continuó el viejecillo,—habéis de saber que nunca entre tantos que éramos voluntarios nunca se supo que



la victoria fuese completa para el mexicano...

Sin embargo todos nos decíamos... nos decíamos... ¡Adelante!... ¡Adelante!... ¡A luchar!

Al general Santa Ana le encantaban esos entusiasmos de las tropas semidesnudas que iban, iban tristes, tristes á veces, moribundas de sed antes de la batalla...

Sólo como ya os dije, sólo cuando el recuerdo de la patria llegaba á nuestros pechos, sólo entonces teníamos alguna esperanza!...

Yo,—continuó, diciendo el narrador de esta luminosa epopeya de la guerra de 1847,—yo me incorporé bien pronto allá en San Luís Potosí, al regimiento de húsares voluntarios, que debía alcanzar al ejército mexicano que marchaba á forzadas marchas hacia Monterrey, con el objeto de impedir que las fuertes divisiones, regimientos, artillerías y escuadrones se dirigieran como una avalancha formidable sobre las tropas nacionales!

»Mi regimiento corrió á unirse con el grueso del ejército del general Santa Ana... corrió sin detenerse, haciéndose jornadas espantosas de veinte leguas al día, sin pan, sin agua... Es verdad, no hay exageración en esto, amiguitos míos.

Veinte leguas, veinte leguas al día se corrían, impulsada la tropa por la divina excitación del amor patrio... espoleadas por la suprema cólera de llegar á tiempo, por el ansia de poder ser útiles y combatir delante de los feroces enemigos extranjeros... delante de los potentes hombrazos de recias espaldas, cabellos y barbas rubias y bajo cejas amarillentas, ojos grandes y azules!

¡Ya que teníamos que morir de hambre, de sed ó de fatiga á la mitad de los caminos; ya que de cualquier manera habíamos de sucum-

bir en medio de las llanuras ó en la cúspide de las montañas entre las asperezas de las sierras solitarias, no sería mejor morir de frente al contrario, derramando su sangre, bañados en sangre los dos, entonando el mismo rezo á Dios, y el mismo recuerdo á la patria?...

¡Sólo así podréis comprender porque las denodados hijos de los ranchos y haciendas, de los pueblos y villas del heróico «Bajío», sólo así podréis comprender que esos habitantes de los llamados del interior de la República se lanzaran al combate contra la invasión del Norte!

Ya las tropas que componían el ejército del general Santa Ana habían partido, y nosotros que nos reunimos mucho más tarde tuvimos la audacia de seguir, á galope, á galope hasta llegar muy cerca de ellos, ¡oh! sí, de ellos, de los que ya iban á luchar contra los enemigos del Norte!

Mi coronel era un viejo campesino que había vendido todos sus ranchos y ganados para formar aquel escuadrón del que yo formaba parte... En el camino, al emprender las marchas ó poco antes de algún combate que tuviéramos que librar contra las fuerzas invasoras, nos arengaba, infundiéndonos todavía más valor y abnegación por la patria, hacién-

doños comprender que los hombres que mueren en los campos de batalla defendiendo el suelo que nos sirvió de primer sostén, son recibidos en el cielo, ante el gran Justo Divino, con una sonrisa que hace parpadear de alegría al mismo Sol!...

Con lágrimas en los ojos nuestro valiente coronel nos hablaba de los antiguos héroes mexicanos; nos hacía recordar las más sublimes hazañas y evocaba siempre en nuestra imaginación las figuras de Morelos, Guerrero, Bravo, Moreno, Matamoros, Allende y Abasolo!

¡Y seguíamos, seguíamos caminando, caminando, para llegar á unirnos con el ejército del ejemplar Santa Ana!

— ¡Adelante!... ¡Adelante! — gritaba entusiasmado nuestro coronel, aquel valiente del regimiento de «Húsares voluntarios».

¡Pobre y triste escuadrón de húsares, que pronto ibas á sucumbir derramando á tus bravos hijos en los desiertos de Coahuila!...

¡Pobre escuadrón de húsares voluntarios, que ignorada y extensa tumba iban á cavarte los enemigos de la patria y de la libertad.

· · · · ·  
¡Cuándo salimos de San Luis Potosí, qué brillante espectáculo el de nuestros quinientos

caballos, con nuestras lujosas «sillas», limpios, alegres entonces, haciendo resonar sables y machetes contra el hierro de los estribos, los «barbuquejos» ó carrilleras sujetando nuestros cascos originales, semicharros semidorados... brillando la plata de las fornituras profusas que parecían como soles de corazas... en fin... aquel escuadrón voluntario formado espontaneamente por los hijos de los campos del Bajío, aquella legión de goretas magníficos de hombres de los campos, presentaba un cuadro marcial y épico lleno de luz y esplendor!

¡Qué alegre fué aquella mañana del mes de Febrero de 1847!... Ya no volverían otras, ya no tornarían en muchos años tristísimas y amargas!...

Después fueron viniendo las jornadas tristísimas; los días sin rancho; las etapas sin forraje para las nobles bestias; las noches de marcha silenciosa á través de las vastas llanuras sin un solo charco de agua... ¡oh! ¡Sin agua!... ¡Sin agua!...

La desesperación se apoderó de aquel grupo de voluntarios que iban á buscar digna muerte ó hermosa victoria combatiendo contra los enemigos de la patria.

¿Dónde estaban los enemigos?

¿Hasta cuándo se combatiría?

¡Y no haber agua!... ¡Ni alimentos, ni forrajes!... Pero... ¿Y el agua?... ¡El agua es la vida; es el cielo; es la gloria; es el paraíso para una tropa sedienta, jadeante por el sol y el cansancio!... ¡Y no haber agua!...

¿Cómprendéis cuantas amarguras, cuantas rebeliones y heroísmos hubo algún tiempo, una eternidad, mientras llegaba el momento del combate?

¡Pero ese-combate no venía! Nuestro escuadrón fué encontrando la huella de cadáveres, heridos, moribundos, restos de carros, ruedas, cureñas, harapos, trepas, girones de faldas, cascos de botellas, trozos de cazuelas y jarros, cenizas y carbones.

¡Era el rastro de sangre, carbón y barro que dejaba entre fangos y harapos (vivos ó iner-

tes) el ejército, el pobre, el tristísimo y admirable ejército del general, presidente de la República!...

Respetemos á los valientes, á los magníficos de aquel ejército desaparecido... ¡Respeto para todos ellos!...



¡Qué horrendas siguieron las jornadas! Teníamos que «echar» pie á tierra para aliviar del peso nuestro á los caballos, y así caminábamos, tristísimos, sedientos y silenciosamente furiosos, siguiendo la huella de los cadáveres que dejaba la columna del ejército del general Santa Ana!... ¡Atroz situación!...

Al día siguiente, después de que nadie durante cuarenta horas había bebido, contemplamos allá en el horizonte un ojo de agua... ¡oh, frescor!... ¡oh, delicia!... ¡Ibamos á beber! ¡Todos apresuramos el paso para llegar pronto!... Mas, cuál no sería nuestro horror y desaliento cuando un capitán hizo detener á los



que nos habíamos adelantado más, exclamando:

—¡Atrás!... ¡Atrás!... Hasta mañana nos reunimos con el ejército del excelentísimo presidente y general Santa Ana para atacar inmediatamente... El necesita nuestro escuadrón... ¡Qué lleguen bien los caballos!... Es la orden de que... «ninguno de nosotros tome

agua hasta que beba á satisfacción toda la caballada!... ¡Más vale que reviente un hombre queno un caballo! dice el general Santa Ana... ¡Ya lo sabéis!...»

Y así lo cumplimos, amigos míos, así. Llegamos ante el aguaje... y bebieron nuestros caballos, dejándonos el lodo que tuvimos que chupar... Y caminamos, hasta que por fin nos batimos dos días después en la Angostura, donde el escuadrón de húsares voluntarios del Bajío hizo terribles cargas con sus lanzas, machetes y caballos...

¡De aquellos quinientos hombres no quedamos sino quince!...»

¡Terrible batalla!...

